

Sonia Solarte

HINGABE III y LA ORFANDAD DE LOS ESPEJOS

HINGABE III

IDENTIDAD

Bebe los jugos de mi sexo
sediento de orígenes
y penetra mi destino
para que halles
tu verdadero rostro
en sus espejos

NAZCO DE LA FURIA

Nací de la furia
en la dolorosa profanación de las distancias
entre la rutina fantasmal de los espejos
en un tiempo prestado a la muerte

Cuando ya no creía más
que en la mutación de la realidad
a través de las tormentas
las fuerzas protectoras
que acunaban mi delirio
me impulsaron a tus brazos
y percibí en un abrazo eterno
el palpitante en tu corazón
de una paz desconocida

Alumbrada en el laberinto
me abandonaron a mi suerte
y no fui libre ni en sueños

Me quedé anclada en ti
como un barco anquillado
cuyo único destino

es deteriorarse entre el mar y la arena
ensimismado en su propia quietud

Pero entonces recordé
que era hija de la furia
que en mi sangre y en mi voz
que en mi piel y en mi vientre
no había rutina para amontonar
pactos urdidos con el vacío

Desperté del letargo
con la certeza de que tu calor
amansaría los oleajes de mi propia vida
y desembalsamaría para siempre
el destino de la esfinge

NACIONALIDAD

Amor:
mi patria es tu cuerpo
sus banderas tus besos
su himno tu voz
Mi patria, Divino,
es tu amor

TENTACION

Me tienta mantenerte atado
a los conjuros de mi piel
preñar tu alma con paraísos jubilosos
envolverte con el manto estrellado de mi soledad
amarte bajo el dorado crepúsculo de mi juventud
sin temor a perder entre tus brazos
la identidad de mis raíces

Me tienta seguir nadando contra la corriente
 en las aguas tempestuosas de costumbres falaces
 recoger la memoria de las piedras
 penetrar en el vientre oscuro de la vida
 salir invicta a recibir
 de nuevo el sol en tu mirada

Me tienta no someterme más
 que a tus ansias locas
 volcar y anidar en mis entrañas
 la dulce sustancia de tu pasión

Amor
 me tientas tú a toda hora
 A cada instante
 me tienta amarte

LA ORFANDAD DE LOS ESPEJOS

LA SOLEDAD DE LAS ESTATUAS

Permanecíamos en silencio
 con nuestros ojos ciegos
 ante las contorsiones bestiales
 de la bestia patriarcal

Eramos estatuas mancilladas
 padeciendo la soledad del frío
 el luto de los cielos por tu ausencia

Habíamos aprendido a aguardarte
 sin que el sol durmiera en nuestras frentes
 sedientas de otra luz
 y otras aves jubilosas

En esos continentes de plata lacerada
 morían indefensas las palabras
 y nos prestábamos los nombres
 como quien juega con espejos

Eras quien había enterrado
 en nuestros cuerpos
 el poder germinal de las auroras

y aguantábamos palpitando en su piel
 el despiadado frío de las condenas

ANTEPASADOS

I

Hay un cementerio lleno de huesos y párpados
 vendados
 una tierra donde impera el crimen y la asechanza

Nuestros padres hurgaron sus entrañas
 y alimentaron su fuego
 con cenizas y viento huracanado
 siempre desprotegidos
 en un laberinto sin puertas

Querían cumplirse un sueño
 aunque después los cielos
 calcinaran de nuevo la tierra
 como venganza por tanta dicha

II

No éramos entonces prisioneros de las palabras
 Llenos de gestos y ritmos con una inocencia
 prestada
 al implantar la savia de los orígenes en nuestra
 sangre
 desenterramos las vástagas entrañas de la
 desgracia
 sombrías como las raíces de la ira
 infames como los desechos de un delirio sin
 cuerpo
 mientras con ternura y pavor
 cubríamos nuestro propio asombro
 con un manto de helada soledad

III

Eramos entonces más nosotros
 menos individuo
 más leña
 más musgo
 más piedra

¿Cómo fue que las semillas
secaron sus fuentes antes de germinar
y un grito implacable clavó en nuestros estómagos
un cúmulo de blasfemias y de faltas?

¿Adónde quedó todo ese orden que les daba vida
a las flores sobre el barro?

¿Cómo nos condenamos
al infame fanatismo de las venganzas
sin siquiera dudar del error?

IV

Había un eco resonando en los oídos
que provenía de paredes angustiadas

Escuchamos gritos apagados originados
en una zona remota en lo interno de la vida
con la fuerza salvaje contenida
de un paraíso sin rostro

Empezamos a coger los cuchillos
para pelarle el cuero a la desgracia
que se nos arrojaba encima
imprecisa como los rastros del insomnio
con su exhausto cuerpo en llamas

V

Se disolvieron los vínculos entre la tierra y sus
hijos
y empezamos a sentirla como a la monstruosa
madre
que arroja sin conciencia al mundo sus criaturas
y los entierra sin dolor

Nos vanagloriamos en mancillarla
y entre más golpes le asestábamos
más perdíamos nuestra propia fuerza
la gracia del vuelo
el sentimiento de completud al respirar

VI

Y quisimos
huérfanos de madre
proyectar en los ojos del padre
su propia impotencia
su incapacidad para hacer cumplir la ley

Aunque al principio nadie se atrevía
a enfrentar abiertamente sus designios
ni a señalar sus faltas
nos envalentonó nuestra ignorancia
y en la búsqueda de la libertad
que nos prometía el caos
logramos ponernos de acuerdo para ahorcarle

Primero tendríamos que cubrir su mirada
que el furioso puñal de sus destellos
no tornara en miedo nuestra rabia
y nos petrificara

Tuvimos la osadía de sacrificarle el mismo instante
en que consagrábamos con gritos de jauría
los primeros pasos fuera del paraíso

VII

Las luchas no dieron tregua
el beso se pudrió en los labios
y los cantos fueron aullidos

Una febrilidad de airada locura
destronó incluso a quienes se creían inmunes
al veneno de los frutos de la tempestad

VIII

Viendo cómo se extendía el espanto cada día
entre las calles
los campos
el lenguaje de las piedras y la soledad
nos enfurecía la impasibilidad de las montañas
y les echábamos fuego

nos ofendía la pureza de los ríos
y vertíamos en ellos la cólera
y en otros lugares era la sequía
la que conjuraba nuestra sed con polvo

IX

Con nuestro disoluto modo de vaciar la sangre
conquistamos un lugar en el trono de las ratas
y nos fuimos pareciendo cada vez más
al animal de monte

Uno y otro
todos contra todos
intentamos salvarnos de las inclemencias
de un destierro sin pájaros

X

Parecía entonces que rayos desde el cielo
o erupciones de fuego
desde los caudales viscerales de la tierra
encenizarían nuestro refugio
en los helados subterráneos de las quimeras
que el corazón de la utopía exigía
un castigo implacable
para seguir latiendo

XI

La necesidad y la desgracia
desplazaron nuestros ruegos
y empezamos a desear
para cada cuerpo un destino
que maduraran en este mundo de nuevo
de la ternura y el perdón dulces frutos

No seguiríamos avivando
el execrable aliento de las derrotas
con el barro ardiente de nuestro corazón
ni insistiríamos en imprimir huellas
con polvo de espanto
como sustento de nuestra memoria

XII

Al cancelar los partidos de la indiferencia
y negar los salvoconductos para matar
no perduraría el olor nauseabundo del horror
impregnando las mantillas del futuro
ni seguirían anunciando emisarios de la bestia
el fatídico destino de los ciegos

XIII

Otras visiones
libres de ferocidad y destierro
vertieron un resplandor de estrellas
sobre el lago en calma de nuestra soledad

SOBRE LA POETA

Sonia Solarte nació en Cali en 1959. Estudió Psicología en la Universidad del Valle. Fue profesora, psicoterapeuta, radioactora y promotora cultural en la ciudad de Cali. Reside en Berlín desde 1988, donde dirige talleres de poesía y realiza recitales y encuentros de carácter literario. Ha publicado tres libros de poesía: *Para que el olvido no te toque* (1990), *Mundo Papel-Papierwelt* (Edición bilingüe, alemán-español, 1996) y *Conmemoración de la ausencia* (1999).

